

## Federación Popular Democrática (FPD): la última aventura política de José María Gil-Robles

*Popular Democratic Federation (FPD): the last political adventure of José María Gil-Robles*

Adrián MAGALDI  
Universidad de Cantabria

### RESUMEN

José María Gil-Robles fue probablemente una de las figuras de más larga trayectoria en la política española del siglo XX. Mucho se han estudiado sus años como dirigente de la derecha católica durante la Segunda República, pero menos se conoce la que fuera su última aventura política durante la transición democrática. En esa época, Gil-Robles capitaneó una de las más destacadas formaciones de la democracia cristiana de ámbito nacional: Federación Popular Democrática (FPD). El objetivo de este artículo es analizar las ideas y proyectos de Gil-Robles durante los años de la transición a la sombra de su papel como líder de la FPD, centrando el acercamiento en sus pensamientos sobre el propio cambio político y sus actuaciones respecto a la compleja convergencia de la democracia cristiana española.

### PALABRAS CLAVE

José María Gil-Robles; Federación Popular Democrática; Democracia Social Cristiana; Democracia Cristiana; Transición Democrática.

### ABSTRACT

José María Gil-Robles is probably one of the longest-serving figures in Spanish politics of the 20<sup>th</sup> century. Much has been studied about his years as a leader of the Catholic right during the Second Republic, but less is known about what his last political adventure during the democratic transition was. At that time, Gil-Robles captained one of the most prominent formations of Christian democracy at the national level: Popular Democratic Federation (FPD). The objective of this article is to analyze the ideas and projects of Gil-Robles during the years of the transition in the shadow of his role as leader of the FPD, focusing the approach on his thoughts about political change and his actions in the complex convergence of Spanish Christian democracy.

### KEYWORDS

José María Gil-Robles; Democratic Popular Federation; Christian Social Democracy; Christian Democracy; Democratic transition.



“La vida es por sí misma ambigüedad contradictoria. No sería fácil poder presentarla –a menos que se la confine en su aspecto puramente biológico– como una vía rectilínea por la que el hombre transite sin perplejidad alguna”<sup>1</sup>. Con estas palabras reflexionaba, a mediados de la década de 1970, un casi octogenario José María Gil-Robles (1898-1980). Sus pensamientos recogían perfectamente el significado de su propia trayectoria vital, con una transición biográfica en la que, quien durante la Segunda República había liderado la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), ahora indicaba que “me molesta la palabra derechas”<sup>2</sup>. En ese momento de su vida, el *viejo león* decía situarse en “una posición media, de equilibrio, procurando significar ese conjunto de ideas que eviten que España se divida ideológicamente en núcleos irreconciliables” como, en su opinión, ocurrió durante una Segunda República que habría conducido inevitablemente a la Guerra Civil, puesto que “no fue posible la paz”<sup>3</sup>.

Sin embargo, la imagen de Gil-Robles ya poco tenía que ver con la del otrora representante de la derecha católica durante la Segunda República<sup>4</sup>. Se trataba de un anciano robusto, de gafas de pasta y mejillas caídas, siempre ataviado con un elegante traje británico de apretados chalecos en los que apenas dejaba sobresalir el nudo de su corbata. Aquel hombre próximo al fin de su vida seguía actuando sobre la realidad política, aunque con un valor más simbólico que real. En los años 1930 había liderado Acción Popular, núcleo vertebrador de la CEDA, la cual unos consideraron el precedente de la democracia cristiana y otros vieron como la representación de un cierto confesionalismo de tintes fascizantes<sup>5</sup>. En la reconfiguración de su pasado, Gil-Robles trató de ubicarla de forma difusa en un espectro democristiano, apuntando que “la diferencia entre los antiguos y los nuevos partidos demócratas cristianos se revela fundamentalmente al determinar cuál de las dos características que la dominación entraña es la preponderante”<sup>6</sup>. De ahí admitía que “la CEDA nació en unos momentos en que el problema religioso era el problema candente y, por lo tanto, le daba a las luchas religiosas un carácter predominante. Y en cambio, hoy, el problema predominante es hacer triunfar una democracia que no existe”<sup>7</sup>. Lo cierto es que su etapa como político de la Segunda República ha generado numerosos debates pese a tratarse de una parte mínima de su larga trayectoria vital. Tras el inicio de la Guerra Civil, Gil-Robles quedó condenado al ostracismo político e, incluso, a largos años de exilio en los que muy pronto se posicionó como un firme opositor a la dictadura del general Franco desde unos principios que, ya para finales de los 1940, comenzaron a mostrarse como los de una democracia cristiana homologable a la existente en la Europa occidental. De esa evolución nacería la fuerza antifranquista Democracia Social Cristiana (DSC), la cual se reconfiguraría en la década

---

1. *El País*, 27-6-1976.

2. *Arriba*, 20-3-1977.

3. *Ídem*.

4. Sobre la trayectoria biografía de José María Gil-Robles, véase Alfonso ROJAS, *José María Gil-Robles. Historia de un injusto fracaso*, Madrid, Síntesis, 2010 y Manuel ÁLVAREZ TARDÍO, *Gil-Robles. Un conservador en la República*, Madrid, Gota a gota, 2016.

5. Sobre los orígenes de la democracia cristiana en España, véase: Óscar ALZAGA, *La primera democracia cristiana en España*, Barcelona, Ariel, 1973; José Ramón MONTERO, *La CEDA: el catolicismo social y político durante la II República*, Madrid, Revista del Trabajo, 1977 y Javier TUSELL, *Historia de la democracia cristiana en España. Vol. 1*, Madrid, Sarpe, 1986.

6. *Ya*, 21-7-1976.

7. *Arriba*, 20-3-1977.

de los 70 como Federación Popular Democrática (FPD) ante el inminente proceso democratizador que se iniciaría a la muerte de Franco. La FPD de José María Gil-Robles fue, junto a la Izquierda Democrática (ID) de Joaquín Ruiz-Giménez, una de las principales formaciones de esa democracia cristiana que, se estimaba, estaba llamada a desempeñar un papel clave en la nueva España democrática.

El objetivo de este artículo es trazar un breve recorrido por la historia de la Federación Popular Democrática durante la Transición española y el papel representado desde su liderazgo por José María Gil-Robles, quien afrontaba entonces la que sería su última aventura política. Pretende trazarse un análisis de los proyectos e ideas de Gil-Robles a la sombra de los sentimientos generados por el propio cambio político y las estrategias desarrolladas para la viabilidad de la alternativa democristiana.

### De Democracia Social Cristiana (DSC) a Federación Popular Democrática (FPD)

Los orígenes de la Federación Popular Democrática de José María Gil-Robles se remontan a la década de 1940, cuando ya finalizada la Guerra Civil comenzaron a formarse diversos grupúsculos informales en torno a los restos de lo que había sido la CEDA. Sin un liderazgo claro –Gil-Robles se encontraba en el exilio–, sus intenciones eran analizar las opciones de los círculos católicos en la nueva realidad política y, especialmente, en las expectativas que se abrieron a partir de 1945, cuando la derrota de las fuerzas del Eje hizo creer en una pronta restauración de la monarquía<sup>8</sup>. El más destacado de esos círculos fue el creado en torno a José Rodríguez Soler, quien había sido el último presidente de las Juventudes de Acción Popular. La progresiva vertebración de este grupo permitió que se convirtiera en un pequeño partido clandestino bajo el nombre Democracia Social Cristiana (DSC)<sup>9</sup>. Cuando en 1953 Gil-Robles regresó del exilio, asumió el liderazgo de una formación que quedó definitivamente constituida en 1958 durante el denominado Congreso de Torrelodones<sup>10</sup>.

Sus bases tomaron como punto de referencia los nuevos partidos democristianos europeos y el modelo de las democracias liberales de la Europa de posguerra. Debe tenerse en cuenta que fue la vocación europeísta de Gil-Robles –por entonces presidente de la Asociación Española de Cooperación Europea (AECE)– lo que le aproximó a un modelo democrático inspirado en los principios del humanismo cristiano, pues el auténtico componente teórico-doctrinal siempre resultó más difuso en su grupo que en la otra fuerza democristiana de la época: la Izquierda Demócrata Cristiana (IDC) de Manuel Giménez Fernández<sup>11</sup>. Esto, unido al cierto caudillismo personalista que seguía imperando en su gestión de la formación, permitió que el atractivo despertado por IDC fuera mayor que el generado por la formación del viejo dirigente, que parecía despertar más interés por su condición de figura histórica que por su proyección política<sup>12</sup>. Ni siquiera tras la muerte de Giménez Fernández en 1968, Gil-Robles logró atraer a la militancia de un partido en crisis, con una IDC que muy pronto encontró un nuevo dirigente en la figura de Joaquín Ruiz-Giménez, quien rebautizó el partido como

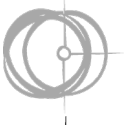
8. José María GIL-ROBLES y GIL-DELGADO, “Democracia Social Cristiana”, *XX Siglos*, 26 (1995), p. 47.

9. Javier TUSELL, *La oposición democrática al franquismo 1939-1962*, Barcelona, Planeta, 1977, p. 332.

10. GIL-ROBLES, “Democracia Social Cristiana”, *op. cit.*, p. 49.

11. Óscar ALZAGA, “Izquierda Democrática Cristiana”, *XX Siglos*, 26 (1995), pp. 58-73.

12. Ana CAPILLA, “Manuel Giménez Fernández y Joaquín Ruiz-Giménez: historia de un desencuentro”, *Ámbitos*, 37 (2017), pp. 59-69.



Izquierda Democrática (ID), desprendiéndose de la apelación cristiana como símbolo de la aconfesionalidad defendida tras el Concilio Vaticano II<sup>13</sup>. Pese sus diferencias, DSC e ID cooperaron a través de la coalición del Equipo Demócrata Cristiano del Estado Español (EDC), de la que también formaban parte *Unió Democràtica de Catalunya* (UDC) y el Partido Nacionalista Vasco (PNV). Nacido en 1965, el Equipo no quedó vertebrado realmente hasta sus I Jornadas en Montserrat de 1973, acto en el que se trazó un programa de futuro basado en una democratización del país desde unos principios del humanismo cristiano que permitieran la reconciliación de las dos Españas. Su proyecto quedó definitivamente consolidado durante las II Jornadas del Equipo, celebradas en 1975 en Valencia como señal de apoyo al nuevo partido incorporado a la coalición, *Unió Democràtica del País Valencià* (UDPV)<sup>14</sup>.

Fue ese año de 1975 cuando, precisamente, DSC vivió una importante renovación interna. En diciembre del año anterior, el Gobierno presidido por Carlos Arias Navarro aprobó el Estatuto de Asociaciones Políticas, el cual pretendía reconocer un pluralismo político que muy pronto evidenció sus limitaciones. Según dicho marco normativo, toda asociación política estaría obligada a acatar los principios fundamentales del Movimiento, y sería el propio Consejo Nacional el que determinara, o no, su legalización, forma de impedir la participación de partidos opositores mientras se favorecía la vertebración de grupos nacidos desde el seno del propio régimen<sup>15</sup>. Ante esa realidad, Gil-Robles consideró indispensable que una formación opositora como la suya aprovechara el nuevo contexto de apertura para salir de la clandestinidad y evaluar sus opciones pues, de lo contrario, temía que ese asociacionismo nacido desde el propio régimen consiguiera una proyección que monopolizara la opinión pública y dejara en desventaja a la oposición democrática. Pese a su interés por salir de la clandestinidad, al mismo tiempo era reacio a emplear los cauces de un Estatuto que consideraba una falsedad, pues “pretende que una ideología democrática se adapte, y por tanto se malogre, a moldes no democráticos”<sup>16</sup>. Finalmente, la estrategia asumida por Gil-Robles pasó por salir a la escena pública, no a través del Estatuto de Asociaciones de 1974, sino de la Ley de Asociaciones de 1964, presentándose bajo el disfraz de una mera entidad cultural<sup>17</sup>. De esta forma, el 13 de marzo de 1975 quedó constituida una asociación presentada bajo el nombre de Federación Popular Democrática (FPD). Junto a la intención de aparecer con una nueva denominación que impidiera que las autoridades les vincularan con la antigua DSC, el nuevo nombre también hacía referencia a una cierta renovación orgánica, pues, en los últimos tiempos, el grupo de Gil-Robles había ido asumiendo una estructura

4

---

13. Donato BARBA, *La oposición durante el franquismo. La Democracia Cristiana*, Madrid, Encuentro, 2011, p. 143.

14. *Ibidem*, pp. 214-224. Feliciano MONTERO, “Los partidos católicos durante el régimen de Franco” en José María MAGAZ, *Los partidos confesionales españoles*, Madrid, Facultad de Teología San Dámaso, 2010, p. 119-141.

15. Javier TUSELL y Genoveva GARCÍA QUEIPO DE LLANO, *Tiempo de incertidumbre. Carlos Arias Navarro entre el franquismo y la Transición (1973-1976)*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 150.

16. *ABC*, 21-3-1975.

17. Julio GIL PECHARROMÁN, *La estirpe del camaleón. Una historia política de la derecha, 1937-2004*, Madrid, Taurus, 2019, p. 216.

confederal a través de la cual aglutinaría a grupos nacidos en diferentes provincias<sup>18</sup>. El acta fundacional de FPD fue firmada por José María Gil-Robles –quien figuró como su presidente–, junto a otras personalidades procedentes del antiguo partido, como Miguel Luis Bermudo de Ercilla, José María Moutas, Manuel Meana Wert, Servando Meana Wert, Antonio Miserachs, Jesús Rodríguez, Juan Benito Moreno Gonzalo, Julián Guimón, Carlos de Eizaguirre, Jaime Gil-Robles, Vicente Llorca, Luis Aldecoa, Enrique Moreno Báez, José Luis Maruri Gregorisch, José María Gil-Robles y Gil-Delgado, Ángel Fernández Sepúlveda, Juan Manuel Serrano Ara, Carlos Blanco-Rajoy, Juan Manuel Pascual Quintana, Ramón Rato y Mariano Escudero de Solís. Entre sus fines, FPD decía buscar la difusión de soluciones democráticas inspiradas en los principios del humanismo cristiano con el propósito de facilitar la incorporación de España al proceso de unidad europea<sup>19</sup>. Para ello, promovería la organización de cursos, seminarios, congresos y todo tipo de actividad cultural que permitiese “crear en el pueblo español la conciencia de aquellos problemas y el deseo de aplicar esas soluciones mediante el oportuno proceso constituyente”<sup>20</sup>.

Constituido el grupo, Gil-Robles convocó a la prensa el 20 de marzo para el acto de presentación pública de su asociación. Reunidos los corresponsales de diferentes medios, Gil-Robles compareció en solitario para informar de que, en el último momento, las autoridades habían prohibido el acto, una “decisión que contrasta con las facilidades que en otros grupos políticos encuentran para reunirse públicamente sin haberse constituido siquiera de un modo formal”<sup>21</sup>. Por todo ello, Gil-Robles denunciaba la falta de libertades y derechos en España, mientras anunciaba su intención de “no cejar en el empeño, constructivo y responsable, de hacer posible que el pueblo español manifieste públicamente su adscripción a las ideologías existentes en el mundo democrático”, motivo por el que seguiría luchando “hasta conseguir el pleno reconocimiento de los derechos establecidos en la Convención Europea de los Derechos del Hombre”<sup>22</sup>. En el fondo, aquel fallido acto le sirvió en cambio como escaparate de su FPD, aunque la posibilidad de realizar una convocatoria autorizada resultó imposible en las diferentes ocasiones en que volvió a intentarse<sup>23</sup>. Además, la argucia jurídica que la FPD había intentado utilizar provocó que su solicitud de constituirse al amparo de la Ley de Asociaciones de 1964 no recibiera respuesta ministerial después del plazo estipulado de tres meses, retrasándose *sine die* su resolución. Gil-Robles, en señal de protesta, anunció en octubre de 1975 que la FPD interpondría un recurso de denuncia de mora, aunque las turbulencias políticas de aquel otoño obligaron a postergar la decisión<sup>24</sup>. Tras unas semanas de convalecencia, el 20 de noviembre de 1975 murió Francisco Franco, al que

---

18. Entre los partidos integrados en FPD se encontraban la Federación de la Democracia Cristiana de Castilla, la Democracia Cristiana del Oeste, la Democracia Cristiana de Murcia, la Democracia Cristiana Vasca, la Democracia Cristiana Aragonesa y Partido Popular Democrático de Andalucía. Sobre las bases ideológicas y orgánicas de FPD, véase Jaime GIL-ROBLES, *Federación Popular Democrática*, Barcelona, Avance, 1976 y José María GIL-ROBLES, *Federación Popular Democrática (Democracia Cristiana)*, Bilbao Albia, 1977.

19. *Ibidem*.

20. *Informaciones*, 14-3-1975.

21. *Ibidem*.

22. *Informaciones*, 21-3-1975.

23. *ABC*, 12-7-1975.

24. Agencia Logos, 14-10-1975.



Juan Carlos I sucedió en la jefatura del Estado. Con aquellos cambios, Gil-Robles era consciente de que se abría un nuevo episodio en la historia de España.

### Gil-Robles y el inicio del cambio

José María Gil-Robles recibió el nuevo contexto político con esperanzas, pero, también con considerables recelos. Según manifestó en un artículo publicado en *Gaceta Ilustrada*, “el tránsito de un largo período de dictadura a una fase de democratización no es ciertamente tarea fácil ni está exenta de riesgos [...], lo cierto es que nos encontramos en un período de indudable confusión”<sup>25</sup>. A las dudas respecto al futuro político del país se sumaba la incertidumbre respecto a su papel en esa nueva realidad. Dada su edad y su propio pasado, Gil-Robles se autopercibía como un lastre ante una hipotética convergencia de los diferentes grupos democristianos que pretendiera maximizar sus opciones. Ya en una reunión con Ruiz-Giménez, celebrada el 7 de enero de 1976, Gil-Robles “indicó con delicadeza y nobleza” su propósito de retirarse para facilitar dicha unidad<sup>26</sup>. Aunque Ruiz-Giménez trató de disuadirle de esa idea sugiriéndole que debía de ser el futuro presidente de esa gran formación democristiana, lo cierto es que Gil-Robles era percibido como una figura anacrónica y excesivamente conservadora por parte de sus socios de ID, pero, incluso, por sectores de su propia formación<sup>27</sup>. En FPD era evidente la brecha entre la militancia más joven y los viejos políticos que se mantenían unidos en torno a Gil-Robles desde época republicana, lo que generaba una brecha ideológica que tenía mucho de generacional. Pese a la difícil situación del partido, Gil-Robles trataba de visualizar la importancia de FPD en el espectro democristiano. En enero de 1976 participó activamente en las III Jornadas del Equipo en Madrid, que fueron las primeras en celebrarse públicamente contando con una nutrida asistencia de homólogos europeos. Poco después, en febrero de 1976, se puso en marcha una comisión coordinadora entre FPD e ID con el objetivo de facilitar una fusión o, al menos, una mayor integración entre ambas. Sin embargo, a los tradicionales recelos se sumó el conflicto respecto a su presencia en la gran plataforma unitaria de la oposición: Coordinación Democrática. Mientras ID formaba parte de ella, FPD era reacia a colaborar dada la presencia del Partido Comunista. La principal negativa procedía del propio Gil-Robles, pues entre la militancia de FPD existía una posición más favorable<sup>28</sup>. Para esclarecer la relación entre ambos partidos, así como sus objetivos inmediatos, FPD e ID convocaron simultáneamente sus congresos nacionales, celebrados entre los días 2 y 4 de abril de 1976.

FPD celebró su I Congreso en la ciudad de Segovia. Iniciadas sus sesiones, el partido trató de definirse ante la nueva realidad surgida. En el ámbito orgánico se eligió sin conflictos a José María Gil-Robles como presidente, mientras su hijo José María Gil-Robles y Gil-Delgado fue designado secretario general. En el ámbito ideológico se reafirmó un programa que apeló a los derechos y libertades según los principios del

25. *Gaceta Ilustrada*, 14-3-1976.

26. Joaquín RUIZ-GIMÉNEZ, *Diarios de una vida, 1967-1978, Vol. I*, Madrid, Cortes Generales-Defensor del Pueblo, 2014, p. 645.

27. Pablo MARTÍN DE SANTA OLALLA, “La democracia cristiana española y los inicios de la transición a la democracia. Una explicación de la división interna ante las primeras elecciones generales”, en Rafael QUIROSA-CHEYROUZE, Luis Carlos NAVARRO y Mónica FERNÁNDEZ (coords.), *Las organizaciones políticas*, Almería, Universidad de Almería, pp. 413-426.

28. *Informaciones*, 12-3-1976.

humanismo cristiano, la igualdad de derechos de todos los ciudadanos y una imprecisa apelación al federalismo europeo, que trataba de emplear las referencias europeístas como envolvente de una concepción federal del propio Estado español ante la que Gil-Robles mostraba ciertas reticencias, pero a la que se había visto arrastrado por sus socios del Equipo<sup>29</sup>. En realidad, se trataba de un programa ideológico escasamente desarrollado. Debe tenerse en cuenta que, en dicho terreno, los partidos de la oposición moderada como el FPD apenas desplegaron un auténtico corpus teórico-doctrinal y se definieron en torno a una imprecisa simbiosis de apelaciones a la democratización y referencias a las familias ideológicas europeas de las que se sentían parte, como si la imagen proyectada por dicha denominación significara suficiente *per se*.

Más allá de estas cuestiones, el auténtico problema durante el congreso de la FPD residió en el ámbito estratégico. En primer lugar, se debatieron sus vínculos con el resto de fuerzas democristianas, tema en el que FPD se inclinó por propugnar la creación de un gran partido nacional mediante la fusión con ID. En segundo lugar, se planteó la posible incorporación de FPD a Coordinación Democrática, a lo que Gil-Robles se oponía frontalmente dado su rechazo a vincularse con una plataforma de la que formaba parte el PCE. Llegó incluso a amenazar con dimitir de su cargo en vista del apoyo conseguido por dicha alternativa. Finalmente, y en gran parte gracias a la intermediación de su hijo José María Gil-Robles y Gil-Delgado, se llegó a una “alambicada formulación que no suponía la entrada en Coordinación Democrática, sino el encomendar al Comité Federal que lo hiciera si se cumplían una serie de condiciones, en la práctica muy difíciles de cumplir”<sup>30</sup>. Pese a los muchos conflictos, finalmente se había llegado a una resolución que parecía facilitar el entendimiento con ID, pero las divisiones en dicho partido eran aún mayores. Cuando José María Gil-Robles Jr. se acercó al congreso de ID, celebrado en El Escorial, encontró una abierta confrontación entre dos sectores: el *ala autónoma*, que abogaba por la fusión con FPD y romper con Coordinación Democrática, y el *ala mediterránea*, favorable a un socialismo cristiano que la hacía abogar por la ruptura con FPD y consolidar la cooperación con Coordinación Democrática. Finalmente, Ruiz-Giménez logró imponer una estrategia intermedia, por la cual se mantendrían los vínculos con Coordinación Democrática y se consolidarían los lazos con FPD por vía federativa, nunca mediante una fusión. Ese intento de entendimiento no evitó, sin embargo, escisiones en direcciones contrapuestas<sup>31</sup>.

Finalizados sendos congresos, parecía que el entendimiento entre FPD e ID podía facilitarse, aunque mientras la gente de Gil-Robles promovía la fusión, el colectivo de Ruiz-Giménez se limitaba a una mera federación. Además, quedaba por solventar la relación con significativos grupos democristianos que habían surgido al margen del Equipo y hacia quienes Gil-Robles mostraba especiales recelos, contrario a compartir la cotizada antorcha de la democracia cristiana en los momentos en que parecía contar con

29. Las disputas sobre la organización territorial del Estado y el alcanza jurídico y nominativo de la descentralización venían siendo cuestión de debate en el seno del Equipo desde sus orígenes (BARBA, *La oposición durante el franquismo*, p. 216).

30. Entre las condiciones estipuladas por FPD figuraban exigir la presencia de organizaciones regionales homólogas, aceptar a todos los partidos, rechazar la violencia, actuar siempre por unanimidad y disolverse una vez se celebrasen las elecciones (GIL-ROBLES y GIL-DELGADO, “Democracia Social Cristiana”, p. 53).

31. Sobre los debates en el seno de ID, véase Fernando ÁLVAREZ DE MIRANDA, *Del contubernio al consenso*, Barcelona, Planeta, 1985, pp. 94-96; Juan Antonio ORTEGA DÍAZ-AMBRONA, *Memorial de transiciones (1939-1978)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015, pp. 478-484, y RUIZ-GIMÉNEZ, *Diarios de una vida*, pp. 663-666.



mayores opciones después de largos años de lucha que, según su hijo, le habrían conducido a un excesivo purismo<sup>32</sup>. El tono más duro de Gil-Robles se dirigía hacia la Unión Democrática Española (UDE) de Federico Silva y Alfonso Osorio, promovida por sectores católicos colaboracionistas al amparo del asociacionismo tardofranquista<sup>33</sup>. Durante los primeros meses de 1976, Osorio celebró dos encuentros con Gil-Robles para sondearle sobre una hipotética convergencia de sus grupos, pero éste mostró su total rechazo a cualquier tipo de colaboración entre su FPD y una UDE en la que figuraban exministros franquistas como Federico Silva o Alberto Monreal. Cuando Osorio le indicó que Ruiz-Giménez también tenía un pasado franquista, Gil-Robles aseguró que éste había cruzado a tiempo “el Jordán purificador de la democracia”<sup>34</sup>. Igualmente crítico se mostró con la nueva Izquierda Demócrata Cristiana creada por Fernando Álvarez de Miranda, quien capitaneaba los sectores más moderados escindidos de ID. Estos propugnaban un proceso convergente en torno a un centro reformista en el que un posible Partido Popular (PP) integrara en su seno a figuras de orígenes democristianos, liberales y socialdemócratas<sup>35</sup>. Gil-Robles criticaba cualquier vinculación con un proyecto omnibus que consideraba excesivamente desideologizado, pues, aunque admitía colaborar con ideologías afines a través de una coalición, rechazaba una integración que consideraba de imprecisos perfiles. Además, criticaba que ese grupo quisiera apropiarse de la etiqueta de Partido Popular que estaban abrazando los democristianos europeos y que ya había asumido alguno de los grupos integrados en la FPD, como el Partido Popular Democrático de Andalucía de Ángel Fernández Sepúlveda<sup>36</sup>.

El *impasse* en que parecía estar situándose la democracia cristiana española era, para Gil-Robles, análogo a la situación general del país y de su transición hacia la democracia. Su decepción con el rumbo de reformas parciales trazado por el primer Gobierno de la monarquía, todavía con Carlos Arias Navarro como presidente, quedó evidenciado en un artículo publicado en la *Gaceta Ilustrada*, en el cual apuntaba que

El original proceso político a que asistimos es la consecuencia lógica del intento de llegar a la democracia a impulsos de un gobierno en la mayoría de cuyos miembros predomina la formación autoritaria, y mediante el empleo de unos instrumentos que fueron concebidos y estructurados precisamente para hacer imposible la democracia. Me parece el colmo de la ingenuidad pedir a la mayoría de las Cortes, del Consejo del Reino y del Consejo Nacional del Movimiento que practique una especie de *harakiri* político<sup>37</sup>.

Gil-Robles desconfiaba del modelo de reformas parciales promovidas por el Gobierno y apostaba por una ruptura política, aunque utilizara el término de una manera más matizada que la asumida por su propia formación. En realidad, decía declararse partidario de un “cambio negociado” con un ejecutivo que actuara a modo de mera

32. GIL-ROBLES y GIL-DELGADO, “Democracia Social Cristiana”, *op. cit.*, p. 53.

33. Adrián MAGALDI, “Alfonso Osorio y la Unión Democrática Española (UDE): un proyecto democristiano en transición”, *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, 97 (2018), pp. 233-266.

34. Alfonso OSORIO, *Trayectoria política de un ministro de la corona*, Barcelona, Planeta, 1980, p. 105.

35. Adrián MAGALDI, “El primer centrismo de la Transición: el Partido Popular de 1976”, *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, 107 (2021), pp. 7-42.

36. *El País*, 29-6-1976. En esos momentos, la etiqueta de Partido Popular también parecía estar siendo contemplado por la Democracia Cristiana de Castilla de Francisco Laverón, la Democracia Cristiana Vasca de Julián Guimón y la Democracia Cristiana de Aragón de Alfonso Horno.

37. *Gaceta Ilustrada*, 16-5-1976.

“comisión gestora” del proceso, forma de evitar las violencias de uno y otro lado<sup>38</sup>. Sin embargo, apuntaba que “toda negociación merecedora de tal nombre implica al menos una dualidad de negociadores” y lamentaba la ausencia de un auténtico interlocutor desde la esfera gubernamental<sup>39</sup>. Arias Navarro rechazaba entablar cualquier tipo de diálogo con la oposición, y cuando su ministro de la Presidencia, Alfonso Osorio, le sugirió que recibiera a Gil-Robles, el presidente respondió: “¿Recibiría Franco a José María Gil-Robles? No, ¿verdad? Pues yo tampoco”<sup>40</sup>. Ante esa realidad, todas las esperanzas del líder de FPD parecieron dirigirse hacia la figura de Juan Carlos I.

El 5 de mayo de 1976, José María Gil-Robles se convirtió en el primer dirigente de la oposición democrática recibido públicamente por el monarca en una recepción celebrada en Zarzuela. Durante aquella reunión, Gil-Robles hizo entrega al rey de un memorándum diseñado desde el Equipo con una idea de transición que lo situaba como “motor del cambio” a través de lo que Gil-Robles bautizó como un referéndum de arbitraje<sup>41</sup>. Su propuesta pasaba por que el monarca, asistido por un Gobierno independiente, convocara un referéndum que le facultara a modificar las Leyes Fundamentales para garantizar, en el plazo de ocho meses, la celebración de unas elecciones libres a una asamblea constituyente. Junto a dicho trámite, ese Gobierno provisional e independiente garantizaría, vía decreto-ley, una amnistía de presos políticos, las libertades de reunión y prensa, el reconocimiento de todos los partidos y sindicatos, los derechos de las diferentes regiones del país, la disolución de las instituciones y tribunales de origen franquista y la creación de un organismo imparcial que asegurase a todas las fuerzas el acceso a radio y televisión en igualdad de oportunidades<sup>42</sup>.

Tras su audiencia con el monarca, Gil-Robles esperaba que la transformación democratizadora se acelerase. Sin embargo, sus esperanzas sufrieron un revés cuando, en julio de ese año, Carlos Arias Navarro fue reemplazado en la presidencia del Gobierno por el hasta entonces secretario general del Movimiento, Adolfo Suárez.



### Una posición ante la reforma política

Aunque, muchos años después, José María Gil-Robles Jr. asegurase que “la FPD fue favorable a Suárez desde el primer momento”, lo cierto es que mostraron un rechazo frontal a su nombramiento<sup>43</sup>. Su padre, el líder del partido, no dudó en considerar a Suárez “un jefe de gobierno-mezcla de Romero Robledo, con menos gracia, y de Portela Valladares, sin título nobiliario”, al ver tras él a un reformismo hueco de segunda división que pondría al servicio de sus intereses todos los recursos del partido único<sup>44</sup>. Gil-Robles también se mostró crítico con el conjunto del nuevo Gobierno, que definió como “un amasijo de segundas figuras del Opus, falsos demócratas cristianos, ambiciosos de la Editorial Católica, propagandistas que consumaron el descrédito de la asociación y

38. *Informaciones*, 12-3-1976.

39. *Ibidem*.

40. OSORIO, *Trayectoria política de un ministro*, p. 93.

41. José María GIL-ROBLES, *Un final de partida (1975-1977)*, Madrid, Ed. Pablo Beltrán de Heredia, 1977, pp. 163-172.

42. *Ibidem*.

43. GIL-ROBLES y GIL-DELGADO, “Democracia Social Cristiana”, p. 54.

44. ROJAS, *José María Gil-Robles*, p. 446.

elementos al servicio de ciertos bancos”. Además, consideraba que, ante aquella nueva realidad, “el rey ha dado un malísimo paso y ha perdido ante la opinión cuanto había ganado en los últimos tiempos”<sup>45</sup>.

Para Gil-Robles, el país había entrado en un callejón sin salida. Cuando su hijo fue recibido por Suárez, dentro de unos contactos con la oposición que evidenciaban un cierto cambio, muy pronto se hizo evidente para Gil-Robles que aquello no era la reforma negociada que él demandaba, pues se limitaban a meras “conversaciones exploratorias” sin ningún tipo de deseo negociador<sup>46</sup>. Incluso, durante ese verano, hizo público un memorándum crítico con el Gobierno y su vía reformista<sup>47</sup>. No obstante, simultáneamente, era incapaz de encontrar su lugar en las filas de una oposición rupturista a cuyos organismos unitarios había sido arrastrado por los sectores más jóvenes de la FPD. Según aseguraría durante una visita a Mallorca, “considero inútiles a los actuales organismos unitarios y creo que pueden ser incluso contraproducentes e ineficaces porque son frentes demasiado heterogéneos y dentro de ellos existe el germen de la esterilidad. En España debería haber unas cuantas ideologías que conformaran un panorama pluralista, pero la culpa de la pulverización política de hoy la tiene esa gente que se creen personajes y que a veces no son más que personajuelos”<sup>48</sup>. A esos recelos a colaborar con otras formaciones opositoras a las que negaba significancia se sumaba su permanente rechazo a cualquier vinculación con el PCE. Aquel verano, el socialista Enrique Múgica le propuso celebrar una reunión informal para estudiar una estrategia común con otros dirigentes opositores como Felipe González, Enrique Tierno Galván, Joaquín Ruiz-Giménez y Santiago Carrillo, pero Gil-Robles se negó a celebrar una entrevista en la que estuviera presente el dirigente comunista<sup>49</sup>.

10

Mientras Gil-Robles quedaba atrapado en el laberinto de sus convicciones y recelos, el Gobierno continuó con una estrategia de cambios que cristalizaría en la Ley para la Reforma Política. Ya en el mes de septiembre, antes de su tramitación, el ejecutivo sondeó a algunos dirigentes opositores para conocer su opinión sobre dicha ley. En el caso de Gil-Robles, este se reunió con el entonces ministro de Educación, Aurelio Menéndez, una de las pocas figuras del ejecutivo respetadas por el viejo dirigente democristiano<sup>50</sup>. La propuesta gubernamental recibió una crítica frontal de Gil-Robles, quien rechazaba un texto que considera jurídicamente difuso y que, además, no había contado con una oposición que, “al menos potencialmente, sí representa un sector de la opinión pública”<sup>51</sup>. Con todo, sus principales recelos se dirigían hacia su posterior votación en un referéndum en el que los grupos opositores no podrían hacer campaña, por lo que “no hay garantías de que el resultado de la votación deje de estar sujeto a manipulaciones”<sup>52</sup>. Según lamentaba ante la prensa, “en el referéndum se nos pedirá el *sí* o el *no* a algo que se ha decidido sin nuestra participación, y situándonos ante una

---

45. *Ibidem*, pp. 444-445.

46. *El País*, 10-11-1976.

47. José María GIL-ROBLES, “Memorándum sobre reformas necesarias”, 1976. ARCHIVO ALFONSO OSORIO [en adelante, AAO], sin clasificar.

48. *El País*, 23-10-1976.

49. ROJAS, *José María Gil-Robles*, p. 445.

50. *Ibidem*, pp. 445-446.

51. *El País*, 11-9-1976.

52. GIL-ROBLES, *Un final de partida*, p. 277.

alternativa inaceptable: si se dice no, se quiere perdurar el sistema franquista; si se contesta sí, se apuesta por algo que no se conoce”<sup>53</sup>. Por ello, consideró que el papel de la FPD ante aquel trámite debía ser el de mero sujeto pasivo que se inhibiera del proceso. Según apuntó en un artículo publicado en *El País*,

Me parecería un insigne error –hablo a título exclusivo personal– entablar una batalla en torno a esa mera formalidad sin contenido trascendente. Sin una intervención eficaz en la votación, que hoy sería imposible organizar, y con una notoria desigualdad entre el gobierno y la oposición en cuanto a los medios de propaganda –empieza a hablarse de cifras escandalosas con cargo a un presupuesto que nutrimos todos los españoles– el resultado del referéndum ya está previsto. Será el que el Gobierno quiera [...]. Me parece un esfuerzo innecesario a la vez que poco digno<sup>54</sup>.

Pese a todo, el 29 de noviembre de 1976, José María Gil-Robles acudió a la recepción a la que Adolfo Suárez convocó a los principales integrantes del Equipo, y en la que el dirigente de FPD llevó la palabra en nombre del grupo. No hubo ningún tipo de negociación, sino que fue un encuentro más bien informativo respecto a la consulta convocada para el 15 de diciembre. Realmente, la principal demanda de Gil-Robles ya comenzaba a dirigirse hacia la negociación de una ley electoral en la que se inclinaba claramente por un modelo proporcional<sup>55</sup>.

Consciente de la esterilidad de su papel en el cambio político, se centró en la difusión y promoción de su propio partido. Durante esos meses, la FPD realizó actos por todo el país, en ciudades como Bilbao, Córdoba, Mallorca, Salamanca, Sevilla, Vigo o Zaragoza. Aunque en algunos casos se trataba de eventos de perfiles asimilables a un mitin político, Gil-Robles pareció preferir los pequeños actos, habitualmente cenas organizadas por viejos compañeros de tiempos de la CEDA. En los actos de carácter más multitudinario empezaban a destacar figuras jóvenes del partido y, especialmente, alguna de las escasas mujeres que militaban en sus filas, las cuales permitían proyectar un discurso y una imagen renovada. Durante un acto en Madrid, destacó la intervención de Pilar Rodríguez Marín, quien demandó finalizar con las desigualdades entre hombres y mujeres, así como “transformar el matrimonio y la familia; hacer una comunidad de iguales, sin someternos a unos modelos prefabricados”<sup>56</sup>. En este proceso de difusión de la formación, igualmente relevante resultaba concebir cuál sería el papel de la FPD ante la ansiada convergencia de la familia democristiana. Las intenciones de la formación continuaban centradas en la fusión con ID en torno a un nuevo gran partido democristiano de ámbito nacional<sup>57</sup>. Gil-Robles situaba al margen del proceso al resto de formaciones no vinculadas al Equipo, pues a pesar de que apelaran a dicho espectro opinaba que

un partido no es lo que reza un nombre o lo que sintetizan unas siglas, sino la doctrina que profesa, la política que sigue y la actuación presente y aún pasada de los hombres que lo dirigen [...]. No estaremos expuestos a incurrir en parecido equívoco al pretender que se consideren demócratas cristianos muchos que puedan ser cristianos sinceros, sin duda, pero cuyas convicciones democráticas han de mirarse con toda clase de reservas<sup>58</sup>.

---

53. *El País*, 26-11-1976.

54. *Ibidem*.

55. *Ya*, 25-8-1976.

56. *Ya*, 24-11-1976.

57. Europa Press, 16-9-1976.

58. *Ya*, 16-10-1976.



El problema para FPD residía en que su principal socio tenía una concepción diferente de su colaboración. ID se situaba ya en una izquierda inspirada en un difuso socialismo cristiano que, sentían, contaba con mayor proyección que una etiqueta democristiana de la que no les preocupaba desprenderse. Esta autopercepción les hacía rehusar su participación en procesos convergentes, pero, al mismo tiempo, contaban con una mayor flexibilidad ante posibles alianzas donde pudieran preservar la *pureza* de sus siglas. ID se mostraba dispuesta a colaborar con el nuevo Partido Popular –ubicado en un centro reformista en el que convivían democristianos, liberales y socialdemócratas–, pero también con UDE –donde se había producido el abandono de su sector más conservador– o el nuevo PPDC –el Partido Popular Demócrata Cristiano de Fernando Álvarez de Miranda, que finalmente no se había incorporado al PP–<sup>59</sup>. Desde estas posiciones, ID sugería formar un mero comité electoral o constituir una federación entre todas estas formaciones para actuar conjuntamente desde el seno del Equipo<sup>60</sup>. En esta situación, el secretario general de FPD, José María Gil-Robles Jr., envió una extensa carta a su homólogo de ID, Jaime Cortezo, en la cual detalló las posiciones de su grupo:

Como bien sabéis, el deseo y propósito de Federación Popular Democrática ha sido, es y sigue siendo el de lograr la unión completa no solo de nuestras organizaciones, sino de cuantos comparten los ideales, de la democracia cristiana, plasmados y articulados para este momento y este país en las conclusiones de las sucesivas Jornadas que el Equipo Demócrata Cristiano del Estado Español ha venido celebrando. [...]

Aunque no compartamos sus motivos, respetamos el deseo de Izquierda Democrática de seguir conservando su identidad propia y el consiguiente rechazo del plan de fusión total que ambos acordamos llevar a nuestros respectivos congresos y que el nuestro aprobó por unanimidad.

Ahora bien, no creemos que para seguir manteniendo esa identidad sea necesario ni conveniente continuar con organizaciones separadas y añadirles encima una superestructura complicada, burocrática y que tendría que tomar todas las decisiones importantes por mayoría de 2/3 ¿Qué eficacia podría tener el constituir un nuevo aparato federativo si dentro de él fuesen a subsistir por separado FPD e ID (más el PPDC si se adhiere al plan) con sus respectivas organizaciones regionales?

Si damos pasos hacia la unidad, hagámoslo con todas sus consecuencias<sup>61</sup>.

Ese deseo de unidad reclamado por José María Gil-Robles Jr. era el mismo que manifestaba su padre, quien declaraba a la prensa que, pese a la lentitud del proceso, se mantenía esperanzado respecto a su convergencia con ID<sup>62</sup>. Sin embargo, sus proyectos eran diferentes. Ruiz-Giménez envió una carta a Gil-Robles apelando a una posible reunión entre miembros de ID, FPD y PPDC, incorporando como invitados a ciertos representantes de UDE, “quienes nos han expresado la conveniencia y también la urgencia de un cambio de impresiones informal entre nosotros con vistas al futuro panorama electoral y, tal vez, a un proceso federativo más hondo. Salvo su mejor opinión, yo estimo que nada perderíamos con ese coloquio y que sería justo dar [...] una oportunidad de precisar su actitud y de comprender la nuestra”<sup>63</sup>. Sin embargo, Gil-Robles se mantenía firme en su oposición a colaborar con figuras procedentes del viejo

59. José Luis ORELLA, “Los democristianos protagonistas de la transición”, *Berceo* 145 (2003), pp. 171-186.

60. Juan Antonio ORTEGA DÍAZ-AMBRONA, “Ruiz-Giménez y la Democracia Cristiana”, *XX Siglos*, 6/26 (1995), pp. 74-87.

61. ARCHIVO JOAQUÍN RUIZ-GIMÉNEZ [en adelante, AJR], carp. 60, 382-01, Carta de José María Gil-Robles y Gil-Delgado a Jaime Cortezo, 15-11-1976.

62. *ABC*, 3-11-1976.

63. AJR, carp. 60, 382-0, Carta de Joaquín Ruiz-Giménez a José María Gil-Robles Quiñones, 26-11-1976.

régimen que nunca habían oficializado su ruptura. En esta coyuntura, FPD convocó su comité federal el 4 de diciembre de 1976 para resolver la difícil coyuntura que atravesaban sus ideas de unidad, acordando poner fin a las negociaciones con ID ante la evidencia de sus diferentes ideas<sup>64</sup>. Según declaró a la prensa un portavoz de la formación, esa era la única solución posible, dado que desde FPD no aceptarían “ni la democracia cristiana que propugna UDE, ni el don de ubicuidad que parece poseer el señor Ruiz-Giménez”<sup>65</sup>. Por el momento, FPD e ID frenaban su convergencia, aunque ambas formaciones continuarían vinculadas como socias dentro del Equipo.

La situación de la democracia cristiana generaba así una cierta desilusión en Gil-Robles, quien no podía sino sufrir igualmente ante un proceso de reforma que contemplaba con desilusión. Sin embargo, cuando el 15 de diciembre de 1976 la Ley para la Reforma Política recibió un amplio apoyo popular en el referéndum convocado por el Gobierno, Gil-Robles admitía que, “dígase lo que se quiera, el resultado del referéndum ha sido el que tenía que ser”<sup>66</sup>. Desorientado con la realidad, Gil-Robles recogía en su diario: “No abandono el campo, porque hacerlo hoy sería una cobarde deserción. Pero pido a Dios de todo corazón que me depare una oportunidad para retirarme con dignidad a descansar de tantos años de lucha y prepararme en paz a comparecer ante el Supremo juez”<sup>67</sup>.

### Las elecciones de 1977: la última campaña de Gil-Robles

Iniciado el año 1977, la principal preocupación para las formaciones políticas residía en preparar su estrategia para unas elecciones cada vez más próximas. En el espectro de la oposición moderada, llevaba tiempo negociándose una posible coalición centrista entre grupos socialdemócratas, liberales y democristianos<sup>68</sup>. El propio Gil-Robles había participado en alguno de los encuentros celebrados para analizar dicha alternativa, a la que ponía numerosas condiciones. En primer lugar, sugería que fuera únicamente para un Senado que se elegiría por sistema mayoritario, mientras que para el Congreso defendía que cada familia ideológica compareciera por separado. En segundo lugar, ponía numerosas condiciones respecto a los posibles socios, al rechazar tanto a los democristianos ajenos al Equipo como, especialmente, al Partido Popular. Gil-Robles consideraba que, al ser el PP una síntesis de las tres ideologías del espectro centrista, antes de cualquier pacto debía disolverse y sus miembros integrarse en aquellas formaciones con las que se sintieran ideológicamente afines<sup>69</sup>. Ante tales dificultades, el Equipo se reunió para analizar su posición al respecto. Mientras Ruiz-Giménez –menos purista respecto a la identidad democristiana– se inclinaba por la coalición, Gil-Robles mantuvo sus condiciones y, finalmente, el Equipo quedó ajeno a dicha estrategia. Sin embargo, a finales de enero de 1977 se hizo público el acuerdo de la oposición moderada en torno al Centro Democrático (CD). En ella se integraron grupos como PP, UDE y PPDC, así como

64. AJR, carp. 60, 382-01, José María Gil-Robles, Documento FPD, s.f.

65. *El País*, 21-12-1976.

66. *El País*, 4-1-1977.

67. ROJAS, *José María Gil-Robles*, pp. 447-448.

68. Jonathan HOPKIN, “Entre el gobierno y la oposición: los empresarios políticos y la formación de la Unión de Centro Democrático”, en Rafael QUIROSA-CHEYROUZE (coord.), *Historia de la Transición en España. Los inicios del proceso democratizador*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pp. 269-283.

69. *Informaciones*, 5-1-1977; ORTEGA, *Memorial de transiciones*, op.cit., p. 543.



varias formaciones liberales y socialdemócratas. En esta situación, militantes de FPD como Javier Tusell, Juan Achúcarro y Pedro Díaz-Cano trataron de presionar a Gil-Robles, por lo que suscribieron una carta colectiva con figuras de diferentes partidos democristianos que apelaban a la unidad de todos sus grupos en torno al nuevo centro<sup>70</sup>. Dicha propuesta fue desautorizada por Gil-Robles, quien a modo de reprimenda exigió que Tusell abandonara su cargo de director del centro de formación de Madrid de la Fundación Konrad Adenauer, *think-tank* democristiano financiado por sus homólogos alemanes<sup>71</sup>. Sin embargo, la mayoría de los democristianos alemanes, siempre más pragmáticos, parecían contemplar con cierta simpatía esa idea de gran convergencia. A finales de enero, Madrid acogió la cumbre de la Unión Europea Demócrata Cristiana, reunida por primera vez en España en señal de apoyo al Equipo. Con la asistencia de numerosos democristianos europeos, al tratar la situación española, los belgas, holandeses e italianos no dudaron en dejarse impresionar por el purismo antifranquista de Gil-Robles, mientras los alemanes recordaban las necesarias concesiones que hubo de hacerse en su país tras la Segunda Guerra Mundial para alcanzar la unidad democristiana<sup>72</sup>. Pese a todo, la negativa de Gil-Robles a colaborar con *pseudodemocristianos* colaboracionistas era frontal.

A la sombra de la cumbre democristiana, la FPD aprovechó para organizar su II Congreso, celebrado los días 29 y 30 de enero de 1977. Tras unas palabras protocolarias de bienvenida por parte de Gil-Robles, el primer acto del Congreso consistió en aprobar un comunicado condenatorio contra los últimos atentados terroristas llevados a cabo durante la denominada *Semana Trágica de la Transición*, en el que declaraban su respaldo absoluto a la cívica actitud del pueblo y de los partidos políticos, así como su apoyo a la neutralidad de las Fuerzas Armadas<sup>73</sup>. Igualmente, mostró su solidaridad con Suárez en “la labor de clarificación que en estos momentos confusos está llevando a cabo el Gobierno y la investigación de los lamentables sucesos ocurridos recientemente”. Durante las sesiones, los debates ideológicos fueron mínimos, y la FPD apenas acordó defender la disolución de las estructuras del Movimiento antes de las elecciones a Cortes, así como solicitar la convocatoria de elecciones municipales y provinciales. El principal debate giró en torno a la estrategia electoral, donde finalmente se ratificaron las ideas ya establecidas de mantenerse al margen del Centro. Lo más importante de dicho cónclave fue su renovación orgánica, pues en él se eligió un comité federal donde destacaban José María Gil-Robles como presidente, su hijo José María Gil-Robles y Gil-Delgado como secretario general, Miguel Castells como vicepresidente, Ángel Fernández Sepúlveda como secretario de actas y Edgardo Vallejo como tesorero. También destacó la incorporación en la directiva de diversos líderes regionales a través de una importante descentralización que parecía poner fin al fuerte personalismo de la formación<sup>74</sup>. De este modo, se eligieron cinco secretarios procedentes de los diferentes partidos confederados en torno a la FPD: Julián Guimón, Francisco Laverón Iturralde, José Ramón Pérez Díaz,

---

70. ABC, 21-1-1977.

71. Natalia URIGÜÉN, *A imagen y semejanza. La democracia cristiana alemana y su aportación a la transición española*, Madrid, CSIC, 2018, pp. 241-242.

72. *Ibidem*, p. 228.

73. ABC, 30-1-1977.

74. *Diario 16*, 31-1-1977.

Juan Bermúdez de Castro y Cristóbal García Pagán<sup>75</sup>. Finalmente, Gil-Robles cerró el acto apelando con esperanzas a unas futuras elecciones en las que, internamente, parecía haber asumido ya que desempeñaría un papel secundario.

Durante los siguientes meses, el debate sobre el futuro de la democracia cristiana siguió presente en todos los ámbitos. Cada vez de una forma más clara se concebía que la rígida posición de Gil-Robles se había convertido en una de las principales causas que podía obstaculizar sus opciones. Incluso, desautorizando su posición, su hijo aseguró como secretario general de la FPD que, en el propio partido, había sectores dispuestos a revisar su vinculación con el Centro pues, según declaró, “nunca puede decirse de este agua no beberé”<sup>76</sup>. Ante esta situación, Gil-Robles tomó la decisión de poner fin a su liderazgo de la FPD. El 10 de marzo, durante un viaje al congreso de los democristianos alemanes, Gil-Robles expresó a Ruiz-Giménez su propósito de retirarse de la presidencia de FPD “para impulsar –facilitar era su palabra– la unidad de la DC”<sup>77</sup>. Igualmente, trasladó dicha decisión a sus compañeros de partido a través de una carta firmada el 11 de ese mes. El 12 de marzo, el vicepresidente de FPD, Miguel Castells, compareció ante la prensa para leer la carta de dimisión del viejo dirigente democristiano:

Hace ya mucho tiempo [...] que me preocupa la idea de dejar la dirección de nuestro grupo político y ponerla en manos más jóvenes y más compenetradas que yo con el espíritu de los tiempos. Durante los últimos meses he dado pruebas abundantes de mi deseo de descargarme, poco a poco, de una tarea impropia de mi edad, aunque, por la gracia de Dios, no me falten fuerzas físicas ni resistencia moral para asumirla. [...]

Mientras vivíamos en la clandestinidad era para mí obligado no abandonar un puesto cuyo desempeño podía comportar ciertos riesgos, por remotos que pudieran ser en la práctica. Hoy, reconocidos al fin los partidos integrados en Federación Popular Democrática y formulada en nombre de esta su solicitud correspondiente, ha llegado la hora de poner en práctica mi proyecto.

Bien sé que cambiar de piloto en la tormenta es faena poco recomendable, y en fin de cuentas tormenta, y no pequeña, es la que se nos viene encima con las anunciadas elecciones para Cortes Constituyentes. Me tranquiliza, no obstante, la seguridad de que el timón va a quedar seguramente en manos más jóvenes y vigorosos.

Hay, además, otra razón que me aconseja no demorar la realización de mi propósito. Desde hace tiempo, pero de un modo especial en las últimas semanas, se ha recrudecido la campaña que me presenta como un político intransigente cuya obstinación hace imposible la realización de ese anhelo de unidad con fuerzas afines que propugnan fervorosamente tantos hombres de buena voluntad. Tal como las cosas se presentan parece que soy el único obstáculo que se levanta en el camino hacia la unidad con otros grupos de demócratas cristianos. [...] Y como la unión es de la máxima trascendencia en los momentos actuales, a ella sacrifico gustosísimamente mi posición personal, dejando la presidencia del comité de la Federación Popular Democrática<sup>78</sup>.

José María Gil-Robles dejaba el cargo de presidente y, según se informaba, su última decisión había sido registrar la solicitud del reconocimiento de FPD como formación política. Ante el abandono de su fundador, FPD decidió no reemplazarlo y que

75. Igualmente, se incorporó como vocales a Francisco Soroeta y Luis Aldecoa, de la Democracia Cristiana Vasca; Ángel Fernández Sepúlveda, Juan Alba Herrera, Antonio Malave y José Millán Trivite, del Partido Popular Democrático de Andalucía; Clemente Vicente, de la Democracia Cristiana del Oeste; Miguel Bermudo, María José Landa, Pedro Llorente, Edgardo Gallego, Julián Martínez de la Sierra, Guillermo Larios y Ramón Roca, de Democracia Cristiana de Castilla; y Cristóbal García Pagan del Grupo Independiente (*Arriba*, 1-2-1977).

76. *El País*, 19-2-1977.

77. RUIZ-GIMÉNEZ, *Diarios de una vida*, p. 744.

78. GIL-ROBLES, *Un final de partida*, pp. 377-379.



sus funciones fueran asumidas, temporalmente, por el secretario general, su hijo José María Gil-Robles y Gil-Delgado<sup>79</sup>. Castells informó de que el viejo dirigente abandonaba el liderazgo del partido, pero no la política, y adelantó el propósito de FPD de presentarle como cabeza de lista para las próximas elecciones en su tradicional feudo de Salamanca. Finalmente, Gil-Robles apareció ante los medios, entre sereno y emocionado, apuntando con cierta ironía que “yo no soy de los que dicen antes morir que dimitir, yo dimito antes de morir”. Incidió en su interés por alcanzar la unidad democristiana, y al ser preguntado sobre qué grupos o personas de los que se autodenominan democristianos consideraba verdaderamente democráticos, Gil-Robles contestó que, aunque creía posibles conversiones como la de San Pablo, “para mí los que son dudosos son aquéllos a los que un rayo del cielo los derriba en un coche oficial”. En el fondo, seguía recelando de los sectores procedentes del régimen, pero, como indicó, “los pasos que a partir de ahora se den no van a depender de mí. Yo he fracasado en todos mis intentos”<sup>80</sup>.

En los siguientes días, numerosos rotativos se interesaron por entrevistarle, pero Gil-Robles se reafirmó en lo ya dicho en su carta de dimisión. Según transmitió al diario *Arriba*, “he querido apartar un pretexto que se alegaba para que los cristianodemócratas no se unieran. Yo he querido quitar ese pretexto para que no haya traba alguna por esa parte”<sup>81</sup>. También a preguntas de periodistas del periódico *Pueblo*, declaraba que

no hay que pretender mandar, sino saber obedecer; no cogerse a un carro y aferrarse a él como una lapa. En todo momento hay que estar dispuesto a marcharse y dar paso a gente más joven, más preparada o más inteligente. Y hasta a los que son más *play-boys*. Por eso, como tales características no concurren en mí, me he ido a casa.

16

Según concluía, “a un dirigente político se le debe exigir que sea sincero, desinteresado y que esté dispuesto a sacrificarlo todo, empezando por el puesto que ostenta”<sup>82</sup>. José María Gil-Robles pasaba a situarse en un segundo plano e, inmediatamente, la nueva situación creada generó importantes cambios en el espectro democristiano.

A finales de marzo, ID y FPD analizaron posibles fórmulas de convergencia que cristalizaron con el acuerdo por el cual, el 27 de marzo, ambas formaciones constituían la Federación de la Democracia Cristiana (FDC). Aunque por el momento se mantenía la fórmula de mera federación demandada por ID, en el fondo se dejaba la puerta abierta a una posible fusión después de las elecciones. El nacimiento de FDC se oficializó el 14 de abril con una presentación en la que Joaquín Ruiz-Giménez figuró como presidente y José María Gil-Robles Jr., como secretario federal<sup>83</sup>. El debate que volvió a plantearse era su posible incorporación al Centro Democrático, conscientes ambos partidos de su escasa proyección. Según análisis internos, la FPD que había liderado Gil-Robles apenas contaba con cerca de 700 afiliados a tan solo dos meses de las elecciones. Más allá de la capital, la presencia de FPD era puramente testimonial, y en más de la mitad de las provincias no contaba con ningún militante<sup>84</sup>. Aunque la situación de ID era ligeramente mejor, los escasos apoyos hacían contemplar las opciones de la coalición centrista. Gil-Robles se

---

79. *El País*, 13-3-1977.

80. *Ya*, 12-3-1977.

81. *Arriba*, 20-3-1977.

82. *Pueblo*, 18-3-1977.

83. AJR, carp. 60, 382-01, Acta constitutiva de Federación de la Democracia Cristiana, 1977.

84. AJR, carp. 60, 382-01, José María Riaza, Avance de análisis de las circunscripciones electorales. Muy confidencial, 16-4-1977.

mantuvo ajeno a esa negociación, pero en el fondo rechazaba que la naciente FDC se incorporase al Centro Democrático.

Figura 1. Militancia por provincias de FPD a 16 de abril de 1977<sup>85</sup>.

PROVINCIA	MILITANCIA	PROVINCIA	MILITANCIA
Albacete	9	Logroño	0
Alicante	0	Lugo	Sin presencia
Almería	0	Madrid	183
Asturias	0	Málaga	51
Ávila	78	Murcia	47
Badajoz	0	Navarra	Sin datos
Barcelona	Sin presencia	Orense	Sin presencia
Burgos	0	Palencia	0
Cáceres	0	Pontevedra	Sin presencia
Cádiz	22	Salamanca	33
Ciudad Real	0	Santa Cruz de Tenerife	0
Castellón	Sin presencia	Santander	8
Córdoba	0	Segovia	28
Cuenca	0	Sevilla	40
Gerona	Sin presencia	Soria	0
Granada	11	Tarragona	Sin presencia
Guadalajara	0	Teruel	0
Huelva	0	Toledo	0
Huesca	0	Valencia	Sin presencia
Islas Baleares	0	Valladolid	83
Jaén	2	Zamora	2
La Coruña	Sin presencia	Zaragoza	4
Las Palmas	0	Ceuta	Sin datos
León	7	Melilla	Sin datos
Lérida	Sin presencia	Provincias Vascas	90

F.: Elaboración propia a partir de AJR, carp. 60, 382-01, José María Riaza, Avance de análisis de las circunscripciones electorales. Muy confidencial, 16-4-1977.

El 26 de abril, el Consejo Político de la FDC decidió votar la posibilidad de integrarse en el Centro Democrático, con 33 votos a favor, 30 en contra y las abstenciones de Ruiz-Giménez y Gil-Robles Jr. Pese al triunfo de las tesis favorables al ingreso, no se alcanzaron los dos tercios establecidos en los Estatutos, por lo que la incorporación no tendría lugar<sup>86</sup>. Decepcionados por el resultado, un grupo de militantes de FPD encabezados por Javier Tusell decidieron darse de baja del partido. Según decía una carta remitida por Tusell a Gil-Robles Jr.,

tu postura, caracterizada, en mi opinión, por la inflexibilidad, con ocasión de las negociaciones del Centro Democrático, me sitúa ante el grave problema de conciencia de prestar mi colaboración a una actitud con la que no sólo no estoy de acuerdo, sino que conceptúo como gravemente peligrosa para la democracia en España en cuanto que propicia la victoria de Alianza Popular, amén de hacer un flaco servicio a nuestra ideología<sup>87</sup>.

85. En las provincias catalanas, gallegas y valencianas, FPD renunció a su presencia en favor de socios del Equipo, mientras que, en el País Vasco, las diferencias con la creciente proyección nacionalistas del PNV cristalizaron en una Democracia Cristiana Vasca de la que solo se conoce la militancia total.

86. Silvia ALONSO-CASTRILLO, *La apuesta del centro. Historia de la UCD*, Madrid, Alianza, 1996, p. 175.

87 *Ya*, 26-4-1977.



La FPD concurriría al margen del Centro en unas candidaturas democristianas que, muy pronto, comenzaron a perder proyección en las encuestas electorales.

Decidida su comparecencia en solitario, la FDC preparó sus listas electorales, de las que Joaquín Ruiz-Giménez sería su cabeza de lista por Madrid. En la coalición, ID ocupó una posición preeminente respecto a FPD, relegada a un segundo plano tras el abandono del liderazgo por parte de su fundador. Gil-Robles, por su parte, encabezaría las listas de FDC en Salamanca, donde las dificultades de militancia permitieron formar listas para el Congreso, pero no para el Senado<sup>88</sup>. El desánimo en las filas democristianas era cada vez más evidente, en contraste con un Centro Democrático acrecentado en todos los pronósticos, especialmente desde que se refundara como Unión de Centro Democrático (UCD) en el momento en que Suárez se hizo con el control de la coalición como su candidato a la presidencia. Gil-Robles reprobó con dureza el aterrizaje de Suárez en las listas centristas, criticando cómo este se habría sabido aprovechar de la “verdadera fiebre de *centritis*” de que parecía haberse contagiado la sociedad española<sup>89</sup>. Especialmente crítico con dicha candidatura, en un artículo de *Gaceta Ilustrada* afirmaba que la coalición centrista contaba con

las características de un neofranquismo disimulado por apariencias democráticas y nutrido de elementos heterogéneos. Se trata de un conglomerado en el cual se codean continuistas actuantes, liberales de novísimo cuño –con más cabezas que masa–, socialdemócratas despistados que no saben dónde situarse y hasta autodemócratas cristianos [*sic*] que precisan acogerse a la ayuda generosa del poder para obtener unas actas”<sup>90</sup>.

18

Por todo ello, consideraba que el gran peligro para la democracia era el inevitable triunfo de un neofranquismo que concurriría bajo dos rostros: “el primero es Alianza Popular, más dura, más asilvestrada, el segundo, Centro Democrático, que guarda mejor las apariencias”<sup>91</sup>. En cualquier caso, era evidente su condición de primer desencantado con una democracia todavía neonata.

El 24 de mayo de 1977 comenzó la campaña electoral de unos comicios que tendrían lugar el día 15 de junio. Gil-Robles se mantuvo en un segundo plano, no compareció en grandes actos ni apareció en los espacios televisivos de la FDC y delegó toda representación del partido en su hijo. Más allá de la campaña desarrollada en su circunscripción de Salamanca, apenas destacó su intervención en algún acto central de Madrid, donde protestó “por la escasez de tiempo de esta campaña electoral. Dar veintitantos días para que se conozca la verdad después de cuarenta años de silencio es una auténtica estafa política”<sup>92</sup>. En cambio, en Salamanca intervino en diversos actos que, más allá de algún mitin de relevancia en la capital de la provincia, se caracterizaron por pequeños encuentros, organizados frecuentemente a modo de coloquio-debate, donde la escasa asistencia no parecía tan interesada en sus propuestas programáticas como en su dimensión de figura histórica, preguntándole por su época política durante la Segunda República. En sus intervenciones ideológicas, más allá de la apelación a la necesaria democratización y el evidente anhelo europeísta, no propugnó un auténtico programa y sus diferentes actos estuvieron evidentemente lastrados por un tono que, pese a sus

---

88. Para las diferentes candidaturas, *Boletín Oficial del Estado* (BOE), n. 120, 20-5-1977.

89. *El País*, 13-5-1977.

90. *Gaceta Ilustrada*, 15-5-1977.

91. *Ibidem*.

92. *El País*, 3-6-1977.

apelaciones democristianas, no parecía lograr desprenderse de una moral y dialéctica de evidentes resonancias confesionales, con apelaciones a “la voluntad de Dios” o “las palabras del Evangelio”<sup>93</sup>. Pese a las transformaciones experimentadas a lo largo de su trayectoria, resultaba evidente que Gil-Robles era un hombre de otro tiempo. Cuando el 15 de junio tuvieron lugar las elecciones, las candidaturas democristianas cosecharon un evidente fracaso. La FPD no consiguió ninguna representación, mientras que sus compañeros de ID apenas alcanzaron 5 senadores a través de listas unitarias de la oposición, lo que evidenciaba el apoyo de unas bases que no eran propias. En Salamanca, la candidatura encabezada por Gil-Robles tan solo consiguió 5.302 votos, lo que suponía un 2,8% del electorado. El fracaso de FPD y sus socios era evidente<sup>94</sup>.

Tras aquel resultado electoral, Gil-Robles puso fin definitivamente a su actividad política. Su propia FPD no tardó en desaparecer del mapa político. Tras el abandono de sus socios de ID, trató de sobrevivir a través de una refundación en torno a un gran partido democristiano nacional, pero éste se diluyó antes de llegar a ser una realidad. Desde ese momento, Gil-Robles quedó como un mero espectador de una nueva democracia hacia la que mostraba unos recelos que nunca llegarían a disiparse. A través de diversos artículos mostró ese desencanto, en los que calificaba la nueva realidad como “una gran oligarquía”, por lo que aseguraba que seguía esperando el momento en que España pudiera transformarse en una auténtica democracia homologable a las del resto de Europa occidental<sup>95</sup>. Su desilusión con el rumbo del país y de una democracia cristiana desplazada de la realidad política llegó a su fin con el de su vida. El 14 de septiembre de 1980, José María Gil-Robles murió a los 81 años. Todos los medios prestaron atención al fallecimiento del viejo dirigente y recordaron sus años de político en la Segunda República y su larga lucha por la democracia desde el exilio y la oposición antifranquista. Sin embargo, poco recuerdo quedó de su papel durante una reforma política en la que transitó como un desencantado purista de la democracia cristiana que, desde las filas de la Federación Popular Democrática, desarrolló la que fue su última aventura política.



## Conclusiones

Federación Popular Democrática fue el último proyecto de un longevo político como José María Gil-Robles, quien, a las alturas de la transición hacia la democracia, se perfiló como un significativo personaje que se movía por la realidad de su tiempo con un mayor simbolismo histórico que una auténtica proyección política.

Durante el período de la reforma, Gil-Robles siguió siendo una figura que despertaba un significativo interés, pero que, en el fondo, se encontraba atrapado en su pasado y en su propia biografía, lo que de alguna manera puede ayudar a entender su perfil de figura anacrónica y desencantada durante todo el proceso transicional. Su trayectoria y personalidad son los elementos que determinaron las opciones de FPD, así como su actuación y concepción de ese proceso democratizador siempre anhelado desde las filas de un humanismo cristiano, aunque se convirtieron simultáneamente en los obstáculos que le impidieron adaptarse a las condiciones creadas por la nueva realidad.

93. GIL-ROBLES, *Un final de partida*, pp. 464 y 474.

94. Sobre el fracaso de las candidaturas democristianas, véase Ana CAPILLA, “La Federación de la Democracia Cristiana (FDC) y las elecciones del 15 de junio de 1977: razones para el fracaso”, *Aportes*, 30/88 (2015), pp. 203-226.

95. *El País*, 21-12-1977.

Respecto a la reforma política actuó con una completa desconfianza, pues nunca llegó a creer en la capacidad de que figuras procedentes del franquismo fueran capaces de democratizar el sistema desde dentro. Se mantuvo en un complejo terreno que ambicionaba la ruptura desde una reforma negociada, lamentando que realmente los reformistas rechazaran emprender un auténtico diálogo y condenaran a la oposición al papel de meros espectadores, algo que acrecentó su desconfianza hacia el proceso e, incluso, hacia el propio sistema resultante. Respecto a la democracia cristiana y sus opciones en la nueva realidad política, los largos años de lucha le habían conducido a un excesivo purismo identitario, que dificultaba sus ansias de convergencia al negar cualquier aproximación a los sectores colaboracionistas, así como todo tipo de convergencia que diluyera la identidad democristiana. Curiosamente, su apelación democristiana nunca contó con un auténtico desarrollo ideológico y doctrinal, sino que se mantuvo como una referencia de perfiles ideológicos poco precisos, donde la posibilidad de un programa propio se diluía en las apelaciones generales a la democratización del país y las referencias a unos homólogos europeos cuyo significado en la realidad de sus respectivos países parecía creerse suficiente. Incluso, en su discurso político, Gil-Robles mantuvo una retórica anticomunista y un tanto confesional, como inevitable eco lejano de aquella vieja derecha católica que había dirigido durante la Segunda República. Las condiciones del personaje determinaron su papel, así como el de su propia formación, que actuó durante el proceso como una mera plataforma aglutinada en torno al prestigio y legado de su dirigente más que a sus opciones y proyectos, lo que acabaría por crear una brecha con unas bases inevitablemente más jóvenes que el casi octogenario líder del partido.

20

En definitiva, Gil-Robles y su Federación Popular Democrática fueron los representantes de una derecha democrática de inspiración cristiana configurada durante largos años de lucha. Aunque con un papel ya meramente simbólico o testimonial durante el proceso de transición hacia la democracia, es necesario rescatar aquella última aventura de Gil-Robles para comprender ese fin de trayecto, frecuentemente olvidado, en la larga trayectoria de un político clave del siglo XX español.